

T E S E O

Dirigen estas hojas de letras y arte:

JULIO C. AVANZA, JOSE G. CORTI, ALEJANDRO
DENIS-KRAUSE, ALEJANDRO DE ISUSI

S U M A R I O

2

LORENZO GRACIAN: La tan temida Reyna...

JULIO CESAR AVANZA: Un día en el Sur.

ALEJANDRO DE ISUSI: Altas mareas.

ARTURO LLAURADO: La mano.

ELENA DUNCAN: "Una novela que comienza".

RODOLFO CASTAGNA: Dibujo para un
poema de María Adela Domínguez.

Correspondencia y canje: Calle 44 N° 253. La Plata, Argentina.

El Minotauro y Teseo avanzando en una selva de sombras y de rayos.

ANDRE FRAIGNEAU.

1941



RODOLFO CASTAGNA: Dibujo para un poema de María
Adela Domínguez (*Buenos Aires 1941*)

["Teseo" se imprime, bajo los cuidados de Marcos Fingerit, en los Talleres Gráficos "El Sol", de La Plata]

MUNDO DE LABERINTO

LA TAN TEMIDA REYNA

P Ero atended, que entra ya ella misma, si no en persona, en sombra, y en huesos. En qué lo conoces? En que comienzan á entrar ya los Medicos, que son los inmediatos á ella, los más ciertos Ministros, los que la trahen infaliblemente. No me dexes, Hartazgo mio, que querria darmelo de curiosidad, demás que estoy ya temblando aquel su mal gesto. Pues advierte, que no le tiene, ni malo, ni bueno, para proceder mas descarada. Con qué ojos nos mirará? Con ningunos, que no tiene miramento: qué mala cara nos hará? Antes no hace, sino que la deshace. Hablemos baxo, no nos oiga. No hay que temer, que a nadie escucha, ni oye razon, ni querella. Entró finalmente la tan temida Reyna, ostentando aquel su tan estraño aspecto, á media cara, de tal suerte, que era de flores la una mitad, y la otra de espinas, la una de carne blanca, y la otra de huesos; muy colorada aquella, y fresca, que parecia de cosas entreveradas de jazmines; muy seca, y muy marchita esta, con tal variedad, que al punto que la vieron, dixo Andrenio, que cosa tan fea! Y Critilo, que cosa tan bella! Que monstruo! Que prodigio! De negro viene vestida: no sino de verde. Ella parece madrastra; no, sino esposa. Que desapacible! Que agradable! Que pobre! Que rica! Que triste! Que risueña! Es, dixo el Ministro que estaba en medio de ambos, que la mirais por diferentes lados: y assi hace diferentes visos, causando diferentes efectos, y afectos. Cada dia sucede lo mismo, que á los ricos les parece intolerable, y a los pobres llevadera, para los buenos viene vestida de verde, y para los malos de negro, para los poderosos no hay cosa mas triste, ni para los desdichados mas alegre. No haveis visto tal vez un modo de pinturas, que si las mirais por un lado, os parece un Angel, y si por el otro un Demonio? Pues assi es la Muerte, hacerosheis á su mala cara dentro de breve rato, que la mas mala no espanta, en haciendose a ella. Muchos años serán menester, replicó Andrenio. Sentóse ya en aquel Throno de cadaveres, en una silla de costillas mondas, con brazos de canillas secas, y descarnadas, sitial de esqueletos, y por cogines calaberas, baxo un deslucido dosel de tres, ó quatro mortajas, con goteras de lagrimas, y randas al aire de suspiros, como triunfando de soberanías, de bellezas, de valentías, de riquezas, de discreciones, y de todo quanto vale, y se estima.

(*"El Criticón"*, ed. de 1748, Barcelona)

LORENZO GRACIAN

UN DIA EN EL SUR

V A conmigo, dormido. Sin embargo
lleva su muerte y el tranquilo rostro
en el viento del Sur, que de alhelies
quiere encender su sueño delirante.

Cuida su rosa amarga, la que nunca
dejó en el Sur su delicado cuerpo
en los dominios del más callado aire.

Cuida su mundo, pero va dormido.
Un día hay en el Sur, arde y vigila
su doble flor amarga perdida sin combate.
Como va dormido, si llega a sus ciudades
entonces despertadle.

Va conmigo, dormido. Sin embargo
nadie en el Sur lo sabe.

(*Bahía Blanca, 1941*)

JULIO CESAR AVANZA

ALTAS MAREAS

(Guarín y su cuñada Soledad se han enamorado, y piensan huir en la nave "La Esperanza", que están construyendo, después de envenenar a Marcela. Soledad espera en la sombra, como agitada por la fiebre de las marismas. Llegará Guarín. La luz del atardecer entra por una puerta de arco.)

GUARIN — Estás aquí sola con las barcas... ¿Ya?

SOLEDAD — ¡Ya! ¿Quedándome aquí me aventuro?

GUARIN — No he podido concluir la barca.

SOLEDAD — Pues con irnos en otra...

GUARIN — Cuando caiga la noche.

SOLEDAD — ¿No sería mejor marcharnos a lo nuestro antes con antes? Tú has despertado en mí tantas cosas nuevas... Se puede morder la boca de un hombre, yo tengo hambre y aún no la he mordido.

GUARIN — ¿Y qué haces ahí, inmóvil como el mar a mediodía?

Los dos cuñados están pálidos, invadidos de angustia. Irán uno hacia el otro a abrazarse.

SOLEDAD — Estoy en tus brazos y no lo creo, Guarín. ¡Bésame! ¡Así!

GUARIN — Las sombras hacen un círculo alrededor de nuestros cuerpos. ¡Te quiero!

SOLEDAD — Y yo te quiero con ese amor de locura que no cabe en la tierra. A cualquier parte que vayas iré contigo. Seré la que calla y se ofrece. Me gustan los hombres sanos de pecho, como tú.

GUARIN — Estamos solos. Lo desafiamos todo. Yo te veo opulenta, como el agua con sus lumbres, cuando el sol la dora.

SOLEDAD — Nada vale para mí como lo que tú puedes darme.

GUARIN — ¡Soledad! Estoy como el día en que el mar y yo nos entendimos. ¡El bravo amigo de mi infancia!

SOLEDAD — Me parece que estoy sentada a tu vera hace diez años. La marea crece, crece, crece. Es el agua terrible y verde. Nos cubre tres veces, tres veces nos cubre el cuerpo y el alma. ¡Altas mareas! ¿Un hombre y una mujer pueden contener al mar? El agua tiene un reino profundo para nuestro amor insaciable... está tan revuelta que no se ven los guijarros del fondo. Crecen, crecen como potro de bríos las altas mareas...

GUARIN — ¡Soledad! ¡Soledad! En el mar ya no habrá atamientos ni estará la mujer que Dios más que concedernos nos impone.

SOLEDAD — No blasfemes, Guarín, tú la elegiste. No era para ti esa mujer. Mi boca está pesada por los besos que no me has dado. ¡Bésame!

GUARIN — Tu pelo también es sombra y me besa.

SOLEDAD — El tuyo tiene el olor del heno. ¿Fuiste pastor en otras edades? Y tus ojos tienen el gusto a uva madura. En sueños se me pasará el tiempo hasta la hora de la partida. Mira: y ya es la hora de los murciélagos.

GUARIN — Agora mi vida comienza a ser el amor y el amor comienza a ser mi vida.

SOLEDAD — ¿Es como cuando oyes el mar y hay música sin haber música? Escúchame: la barca saldrá, la rodearán las olas como un pueblo, pero no conocemos ni caminos, ni islas, ni bravo confin... ¿Dónde iremos?

GUARIN — Allá... a la alto de la montaña, que no todo es costa en Cantabria. En el bosque de Palombera, con sus hayas y cajigas, estará nuestra casona.

SOLEDAD — ¿A quién dejas tu barca, pescador? ¿Quién armará las naves en tu astillero? Lleva todas las artes de pescar: el aparejo, la red y el remo.

GUARIN — Viviremos como si nunca hubiéramos tenido hogar. Tú ordeñarás la vaca. Y yo vendré a decirte que maté un oso gigantesco en la nieve. Habrá un cielo inocente y las navas para nuestra delicia.

SOLEDAD — ¡Eso es querer!

GUARIN — Tendremos el verde de la tierra, y de lejos, el verde del mar. Y estaremos en nuestro balcón de piedra, viendo las naves.

SOLEDAD — ¡Si supieras todo el bien que me haces! Ya pasa la gran tarde, pronto vendrá la noche. Te tiemblan los dientes. Tus ojos se vuelven de una parte a otra, como los ojos de un raposo. ¿Qué temes? Acaso, acaso...

GUARIN — Pienso que pueden columbrarnos de lejos, al huir... las gentes...

SOLEDAD — ¿Nadie tiene noticias de nuestra salida?

GUARIN — Nadie. Saldremos entre la niebla. Está espesando como una gran vejez.

SOLEDAD — ¡Ojalá estuviese ya a bordo... acostada!

GUARIN — ¿Y si acuden? ¿Y si nos separan?

SOLEDAD — Ni con un arpón, ni con todo el Cantábrico por delante me separarán de ti. Antes el suplicio en cruz, antes enterrada en salud... solo me tendrán cuando caiga, cuando me lleven con los pies adelante.

GUARIN — En el viaje contaré todos tus latidos, uno a uno, a la luz de arriba. Sentiré mas el olor de tu carne. Pero ¿qué es lo que ha salido de ti que tienes la cabeza llena de niebla?

SOLEDAD — ¿Y si damos el espectáculo de la barca ardiendo... a las gentes? ¿Y si morimos abrazados, entre las llamas... así, así, deseo a deseo, al mismo tiempo, del mismo modo?

GUARIN — ¿Quieres callarte? Tú eres ya para siempre mía.

SOLEDAD — ¡Tuya! ¡Tuya!

Fragmento de "La Galerna", poema dramático en tres actos

(Buenos Aires, 1941)

A L E J A N D R O D E I S U S I

LA MANO

Escribo:

"Estaba un ebrio cierta vez en el cuarto bebiendo vodka. Sintiendo ruido afuera, quiere levantarse. No puede. Las piernas no le sostienen. Malhumorado, mira sus manos sucias de estiércol. Una de ellas se separa del antebrazo, y va lentamente a abrir la puerta. El hombre sonríe: le ha causado gracia cómo marchaban los dedos, tiesos como postes. Vuelto de la sorpresa, pregunta: "¿Quién va?" No obtiene respuesta. Mientras tanto la mano sale del cuarto. El hombre quiere seguir bebiendo, pero no puede: nunca le enseñaron a servirse de la mano izquierda". Fastidiado de escribir, pienso: Qué bueno sería que me ocurriera lo que a este hombre. Podría dejar mi mano que continuase el relato, y yo me iría por los corredores, tan blancos, tan llenos de luz. Me levanto. Mi mano continúa el trabajo empezado. Esto no me asombra. Me parece que es lo más lógico.

Salgo de la habitación. Doy unos pasos, y tropiezo con un hombre harapiento, de barba negra y larga, con cabeza de animal, que me extiende su brazo derecho. Quiero estrecharle la mano, y estiro mi brazo; pero lo recojo avergonzado: me falta la mano. A él también le falta. Me dice lastimosamente: "Señor, dadme mi mano". Comprendo que es el hombre de mi relato. Le digo: "Aguarda". Y entro a mi pieza. En la mesa mi mano acaba de terminar el relato, y lo tiene entre los dedos. Se levanta y se coloca en su antiguo lugar. Leo el trabajo hecho últimamente:

"Con un esfuerzo mayor consigue ponerse de pie. Y sale por la puerta en busca de su mano, llamándola con voz fuerte. Y por caminos sombríos y silenciosos sigue buscándola. Y por la pérdida de una mano se hunde en el cieno, pues no sabe hacer uso de la otra".

Leído esto, salgo en busca del hombre para entregarle la mano. Ya no está. Se ha ido. Disgustado, dejo el papel en la mesa, esperando que alguien lo tire al canasto.

(Marcos Paz, 1941)

ARTURO LLaurado

"UNA NOVELA QUE COMIENZA"

TERMINADO de leer, —entiendo yo por terminado, haberle seguido hasta el final de los principios— el libro de Macedonio Fernández "Una novela que comienza" nos hallamos tan adentro de su prosa, tan agarrados en la trama y sutileza de ella, que no sabemos cómo salir de esta selva ferrosa sino es internándonos más en su habla tan rica. Porque es una manera de salir entrar por este laberinto de reflexiones, de ingenio, de humorismo, de sorpresas en el más variado discurrir. Y no se queda Macedonio Fernández en la superficie de lo sutil. Nos deja de pronto en la razón más viva. Razón que le arma eficaz, maliciosa. Nos lleva dócilmente, con apariencia de habernos olvidado, fuera de la novela, y se pone a monologar desde su puerta. Y siendo aquella la casa, nos trae por ella sin entrar, y sin querer entretenernos; le seguimos, deteniéndonos, acompañándole por trama o laberinto de que advertí al comienzo que está hecha la novela y el linaje de la prosa. Yo he aprovechado este tiempo en que el autor me tiene descuidada y a la espera de los personajes, para seguirle y vigilarle a él, autor, y en auscultarle los pulsos, en descubrirle los miedos, y en considerar por las vacilaciones y las alteraciones de la voz, si la emoción que trasciende, tan adornada de matices, tan sabrosa de imprevistos, es una simple emoción de personaje, o si se nutre en la fuente creadora. El autor seguido por el lector. Esto divertirá sin duda a Macedonio Fernández. Ya en la casa de Macedonio, o en el ánimo de su novela, hallé grande aposento, con muchas galas, en hora ya muy alta. En él estoy ahora. Interesada con los problemas del personaje, me detengo y analizo conceptos y conclusiones. Por estos voy, derechamente, a lo que busco, que es reconocer, entrar y quedar luego en la casa muy codiciada, en vastísima compañía con esta gran Soledad, y oír el monologar y el entresonar y el entrevivir. Dejando al punto el escuchar por el ver; o sumando el ver y el atender al entender. Retomando, en seguimiento por conocerle, sus latidos: sueños y desesperanzas. Mas no es hombre para dejarse sorprender en día de quejarse. Usando los arduos y artimañas de su arte nos despierta y nos lleva por tarde hasta quedar en noche de narrar. Trocando las argucias y artificios de su pluma, nos desvela, nos sugiere, nos engaña; colocado frente a nosotros por una de esas distracciones tan frecuentes en este escritor y se pone a pensar, —para el lector,— a sufrir, a

decir su verdad. Nos desconcierta y nos conmueve. A solas con su conciencia, con su experiencia, con su conocimiento. Frente al Ser. Arguye, razona, sueña, habla con muy templada voz y traslucibles ecos. Entonces, ahora, partiendo de sí, por alejarnos, nos inventa "una novela que comienza"; se acerca, apartándose: "con las burlas forzadas con que procuro hacernos querer de la vida optimista".

¿Habla con el lector, con el personaje? Es el personaje quien habla "en esta habitación inadornada, sin nada que llame o acompañe, en esta pieza que nada me dice, solitario a estas horas del anteamanecer, en que todo habla de extenuación, de la vida en muerte, del deseo cansado de no volver a la vida, de haber concluido, que siento miedo de saber que tengo un nombre, que soy humano y existo. ¡Qué soledad terrible! ¿Qué estás Vida, tejiendo conmigo que tanto te seguí y te comprendo?". A solas con todo el peso de ser. Con "algo" de sólo tanto peso como la Vida. La conciencia, la mentalidad, la espiritualidad, sobrepesando, sobrellevada, doliendo, sosteniendo al temeroso ser redescubierto. Mostrándose a sí mismo con pasión, con dolor. Entre la muerte siempre viva del amor y la siempre atenta soledad del alma. Puesto en medio de ella con entrañable lucidez. Sintióse caer, desnudo "a esta tenuidad, a esta nada de cosa humana tan exangüe que el saber que tengo un nombre entre los sueños y los vivires es un miedo para mí..."

Recuerdo que he tenido que arrimar mi sueño a los sueños y latires de Macedonio para atreverme a entrar, para este intento de atisbar en alma tan curiosa, que imagino como un aposento con armas e instrumentos, todas y todos muy diferentes; las cuales armas son los elementos, habilidades y destrezas con que el autor maneja la intención del lector, siendo los instrumentos el interés, la gracia, y el poder de invención y de ensoñación, con que ésta sin comenzar novela, está inspirada. Novela de nunca empezar, de nunca cerrar. Autor de siempre admirar, de siempre acompañar y de nunca igualar. Dejando aquí —por no tener palabras, ni artes, ni otras naturales industrias— ej no acometer, juzgar o ponderar la obra de Macedonio Fernández.

"Una novela que comienza", por Macedonio Fernández.
Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1941.

ELENA DUNCAN